C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 11-12 Septiembre-octubre 1957

COLABORAN.—Clara Silva, Concha Zardoya, Eduardo Carranza, Eduardo Cote Lamus, José Asenjo, Hugo Emilio Pedemonte, José Luis Gallego, José María Requena, Kypros Chrysantuis, Jean Stienon du Pré, Jiménez Martos, Rubén Darío, Adriano del Valle, Fausto Botello, Mario López, José Hierro, Monserrat Vayreda, Ernesto Contreras, Francisco de la Torre, Delmira Agustini, Joaquín Fernández.

Notas críticas de Jiménez Martos y Jorge Campos.

S U M A R I O

Páginas

Dibujo, *Ángel Ferrant* 3
YO DIJE..., *Clara Silva* 4
TE SOÑABA EN LA TIERRA, *Concha Zardoya* 6
INTERIOR, *Eduardo Carranza* 7
LA BOCA OSCURA, *Eduardo Cote Lamus* 8
AYER, BAJO LA LLUVIA, *José Asenjo* 9
A JOSÉ HIERRO, *Hugo Emilio Pedemonte* 10
FIN, *José Luis Gallego* 12
EL VINO EN LA BODEGA..., *José María Requena* ... 13

...*Pasan a nuestra lengua la extranjera* (Lope de Vega):

OTOÑO EN LONDRES, *Kypros Chrysantuis* ... 14
MAR, *Jean Stienon du Pré* 15

EL FINAL, *Jiménez Martos* 16
ARTE POÉTICA, *Rubén Darío* 18

ADRIANO DEL VALLE:

ORACIÓN (facsímil) 20
Fotografía 21

ELEGÍA CON ESPERANZAS, *Fausto Botello* 22
MUERTOS DE PUEBLO, *Mario López* 23
EL TENIENTE CORONEL, *José Hierro* 24
LAS MANOS DEL AMOR, *Monserrat Vayreda* 27
CONVERSO CON LA DIVINIDAD, *Ernesto Contreras* 28

Y escucho con mis ojos a los muertos (Quevedo):

A LA NOCHE, *Francisco de la Torre* 30
FUÉ AL PASAR, *Delmira Agustini* 31

ERAN DE RISA, *Joaquín Fernández* 32
DIBUJO, *Ángel Ferrant* 34
CRÍTICA DE LIBROS 35

Toda la correspondencia a

CONCHA LAGOS

José Antonio, 31 - Madrid

Teléfs. 470683 y 228970

C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 11-12 Septiembre-octubre 1957

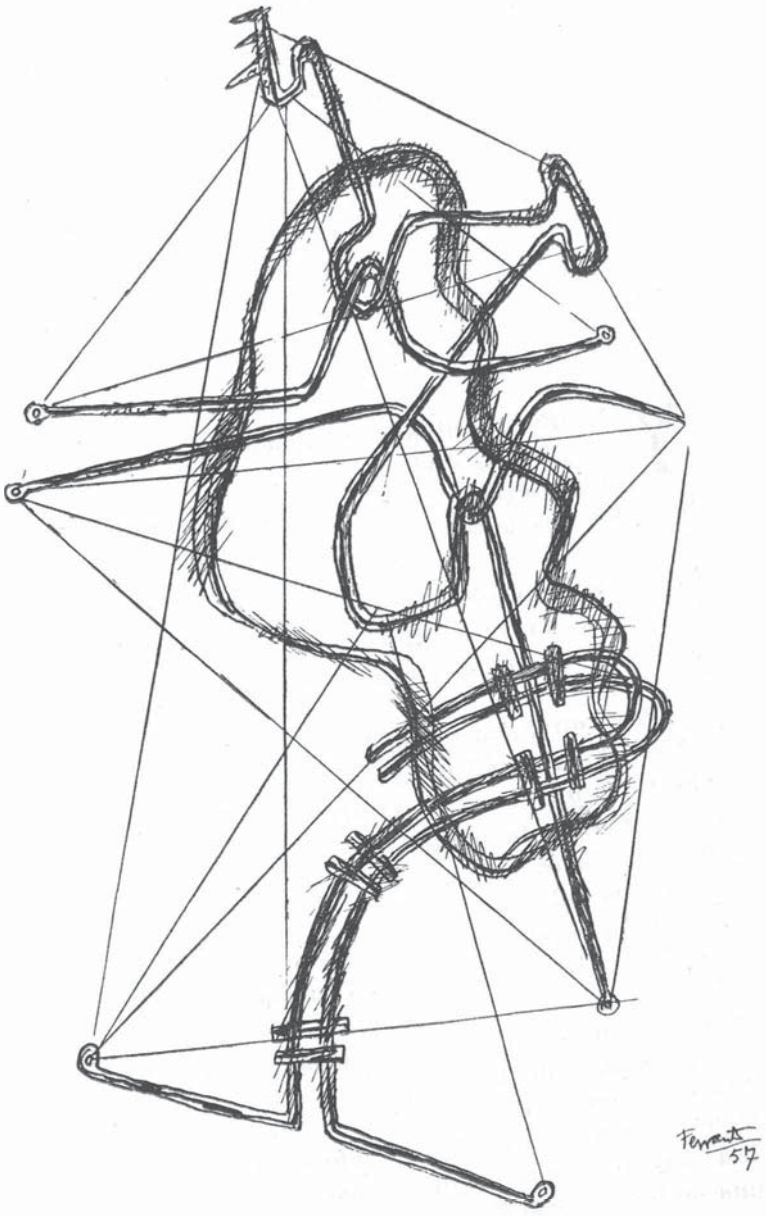
EDITA

CONCHA LAGOS

Director: EMILIO GONZÁLEZ NAVARRO

CONSEJO DE REDACCIÓN

GERARDO DIEGO
JOSÉ GARCÍA NIETO
JOSÉ HIERRO
JORGE CAMPOS


Ferrari
57

YO DIJE, DE INFLAMADA, TEMERARIA LOCURA

YO dije, de inflamada, temeraria locura,
he vivido, viviendo,
en la esfera caliente de animal melancólico
perdidas sus señales

Me he equivocado.
Dicen que en un tiempo
fuí amazona en los bosques del otoño perdida
y Casandra
mi boca adivinando los desastres.
Como el pan de mi trigo
repartí mi pudor a los extraños
y en húmedas tajadas
de oscuridades ciegas
usé de las palabras
y del verano de mi cuerpo
allí donde la mujer se hace musgo de silencio.

Era una muerte lujosa de racimos
en el paladar de la indigencia.
Era el orden total del egoísmo
en la imaginación de las alfombras.
Era más, todo eso y mucho más y nada,
una mujer que gritaba su nombre para un eco
y se peinaba de nubes
en lo más aciago de los ferrocarriles.

Esta que de mi sangre nace ahora
justa de muerte en proporción de vida,
extranjera en mi lengua deletrea
su gramática nueva en la vejez del día

Del Mi y de sus plurales
miopías,
vuelve a la tierra incorporada y sola.
Sus ojos ven desnuda la palabra que nace
y sabe ya por siempre que no es posible nada
pisando la descomposición de los nocturnos.

Montevideo.



CLARA SILVA

TE SOÑABA EN LA TIERRA

(SEGUNDA ELEGÍA A MIGUEL DE UNAMUNO

TE soñaba en la tierra, padre mío,
entre cardos y flores de Castilla,
guerreando en el fondo, hueso a hueso,
con la sombra final, por estar vivo.

Te soñaba en la tierra, descansando
de aquellas agonías que cercaban
el valiente castillo de tu pecho,
aquella airosa almena de tu frente.

Te soñaba en la tierra, incorporado
a ese claro paisaje de los muertos,
hecho diáfana luz al fin serena.
Te soñaba entre pájaros dormidos.

Mas te hallo en un hueco, padre mío,
entre muros pasivos y concretos.
(¡Ay, tu brazo se alarga inútilmente,
buscando el de tu Concha, encarcelado!)

Un número señala que aquí yaces,
en esta gran ciudad de tristes lechos:
uno más entre todos, aunque el nombre
te brille como estrella, fiel, por siempre.

CONCHA ZARDOYA

INTERIOR

LOS ojos que se miran
a través de los ángeles domésticos
del humo de la sopa.
En la botella brilladora canta
el ruiseñor del vino.
Reluce y tintinea lo visible
en la fruta, el reloj, la porcelana.
El pan abre su mano cereal
sobre el mantel. Las flores.
En el grabado antiguo toca el arpa
una muchacha de mil ochocientos.
El cigarrillo como que te asciende
la mano. Y una puerta se entreabre
sobre la sala silenciosa y tersa.
Y más allá un huerto se presiente
o tal vez el recuerdo de un jardín.
En el espejo estás ya como ausente.
Por un instante se detiene todo
y escuchamos, absortos, lo invisible
de la noche que se abre a nuestro ensueño.
Con el café llega un país lejano.

El tiempo nada puede.
Todas éstas son cosas inmortales.

EDUARDO CARRANZA

LA BOCA OSCURA

EN cada viento llega una palabra,
como el árbol cada año cumple un círculo
y el movimiento de la primavera,
con su viaje de vuelta en el otoño,
deja atrás un lenguaje que ella olvida.

Siempre la boca tiene labios nuevos.
Pero siempre es oscura porque nunca
obtiene lo que muda: el testimonio
del tiempo que se va, no el que se queda.

Un fuego inaugural, como una estatua
que fuese a hablar, las voces de un metal
desconocido de los hombres, no
de la montaña. Y es deber del canto
hermosamente relatar el árbol,
no el que vemos y bajo el cual soñamos,
sino su imagen que se lleva el río.



EDUARDO COTE LAMUS

AYER, BAJO LA LLUVIA

AYER bajo la lluvia—humo, celos—
todas las torres se empinaron. Ella
me miraba a los ojos. Yo tenía
reciente y para mí la primavera.

Treinta y tres años retrasado vivo,
nombro el ayer con eco y se desguaza
este barco sombrío
que navego sin gracia.
Recuerdo las ciudades, el paisaje
—los colores hablan—
y este dulce secreto de las cosas,
borradas las palabras,
discurre como un río en mi memoria.
¡Ella era de plata!

Hoy ya no hay sitio para ese eco,
«llueve sobre mi alma»
y llueve por las torres la agonía
de la novia, y se cala
esta otra primavera
ya ni nueva ni mía,
ni reciente, ni nada.

JOSÉ ASENJO

A JOSÉ HIERRO

...porque un día me habló
descreídamente de sí mismo.

¿*QUÉ haces mirando a las nubes,*
José Hierro?
¿Sabes que lejos sin voces
estoy yo con tu recuerdo?

Ya no hablamos y la tarde
aparta nuestro silencio;
pero yo quiero decirte
cómo desde lejos vuelvo.

Cómo firmemente viajo
a España, memoria dentro:
tú me das aquel poema
y hablas mal de José Hierro.

No sabes para qué escribe,
poeta que no va a serlo,
urgente de vida, alto
que apenas hace en el verso.

¿Y entonces en qué palabra
atada al muro del tiempo,
en qué yedra y en qué ala
se quedará tu secreto?

Tal vez no quieras decirlo
hombre pero no misterio,

seguro que sabe y dice
de sí mismo José Hierro.

Quédate mordido y solo,
aunque no quieras, sabedlo,
porque tú no puedes nada
de lo tuyo que ya es nuestro.

Sufre de ti como el triste
que se mira a tientas, ciego,
y escribe como te ordena
Dios adentro, José Hierro.

Que tú no puedes librarte
del dolor ni estás exento
de no ser ese poeta
más necesario que bueno.

Yo como tú te interrogo
y te pregunto y te espero.
¿Qué haces mirando a la vida
sin escribir, José Hierro?



HUGO EMILIO PEDEMONTE

FIN

HA cruzado los brazos (ha cruzado
su vida), sin palabras, silencioso.
«¡Adiós!» (interiormente; por la sangre
de vena a vena; por su bosque sólo).

¿Adiós a qué? ¿Responde? Una sonrisa
—una piedad—le asoma por los ojos.
Brilla como una antorcha. Compasiva
¿de qué?

Serenamente, adiós ¿a todo?

II

Nada más que las cosas, los paisajes,
las figuras del sol y de la luna:
lo siempre igual de hermoso, aunque ya sepas
que, en realidad, no es real esa hermosura.

... Pero ahí están; sin nada en qué escudarse
(sin decir con sus labios que son puras);
con ellas sabrás siempre a qué atenerte;
míralos, tócalas, su luz te inunda...

y III

Piedad. Serenidad. Sabiduría.
Pero a costa de ¡cuánto!... *Ya ¿qué importa?*
Fué..., como fué; si no, no hubiera sido.
Años de aprendizaje, dura cosa.

JOSÉ LUIS GALLEGO

EL VINO EN LA BODEGA...

EN la bodega, el vino huele a circo,
a vieja y polvorienta lona de circo,
a tensa red que ponen en el circo
debajo del trapecio.

Por los recovecos de la bodega,
el vino va y le habla al corazón
con esa musiquilla
que gimen en el circo
los músicos que ya no se divierten con el circo.

Debajo de la tierra,
el vino, si lo sirven las muchachas,
se pone en plena pista de la sangre
y juegos malabares ejecuta
con esto y con aquello y lo de siempre.

El alma con el vino bebido donde nace
se llena muy de niños
a punto de reír,
a punto de llorar,
a punto de quedarse todos huérfanos
debajo del color chillón del circo.

Y el vino va colgando las palabras
de amor en los roperos de los circos,
y pone lentejuelas en el pecho
del grito y domestica
la pena como a pulga de carrera.

El vino en las afueras del olvido
platica en la escalera del pobre carromato
que tanto se parece a seguir vivo,
con un payaso viejo a quien su loro
le llama «desengaño verdinegro».

JOSÉ MARÍA REQUENA

(Grecia)

OTOÑO EN LONDRES

SOBRE setos oscuros veo reir las rosas
del amor encendidas
y las hortensias son incitantes llamadas
a los tímidos ojos.

En esta época pálida, en la gris Londres,
si un poco tierran hallan,
la rosa luminosa y el apagado lirio
a florecer se atreven.

¿Por qué, pues, florecer su duelo con tristezas,
si canto alegremente,
si se ilumina mi alma? ¿por qué no
un verdor jubiloso?

Es verdad que se olvida el oro a veces
de relucir, si es
collar de hojas de laurel temblando
en un cuello no hermoso.

Desigualmente, tu me apagas, como
a florecilla, en tu sombría hora,
pero en tu bruma y viento del norte yo contemplo
una celeste luz.

El pensamiento es como un dios
y cambia el duelo en triunfo.
Dichoso avanzo, me acaricia la rosa
y el sol está en mi corazón.

(Traduce A. Crespo.)

KYPROS CHRYSANTUIS

(Bélgica)

MAR

Y el mar golpeaba en mí.
Era su flujo subiendo por mis arterias,
su espuma en mis labios y en mis ojos su sal.
Hasta en el cielo estaba su voz, su voz imperturbable.

Y el mar golpeaba en mí.
Eran estrellas vivas, estrellas escondidas.
Pero en mis arenas secas,
estrellas muertas, estrellas arrancadas,
arrugas, látigos de algas
arrojadas tras la gran ira.

Y el mar golpeaba en mí.
¡Pureza, mi seda, mi desgarro!
Oleada oscurecida,
pasan los navíos — una luz en el mástil —.
Nuestra alma, de igual manera en las sombras,
muestra un resplandor que Dios percibirá.

Oh, mi estela fría,
cifra renaciente que las olas van borrando.
El cuerpo lucha consigo mismo,
es el peso, el fuego, la amenaza;
sobre la línea de mi camino, en trazo recto,
marcaba yo mi firma.
Era mi vida, mi dedicatoria...

Y la muerte golpeaba en mí

(Traduce Sofía Nöel.)

JEAN STIENON DU PRÉ

EL FINAL

SÉ que estaréis, ciudades,
de pie en las cuatro esquinas de mi muerte
testificando la andadura que acaba en hasta luego.
Hasta luego me voy a callarme la vida,
a meter mis zapatos en el polvo más fino
de la calle hacia Dios.
Cirios no quiero. Lágrimas no quiero.
Tenga piedra delante y vuestros nombres
corazón de los años.

En Córdoba
el nacimiento, el pase, aquella noche
de diciembre y tormenta.
(No tuve yo la culpa de los árboles rotos.)
Te lo diré al oído
ciudad primera con la voz que entonces me estarán arrancando.
Es tuya la semilla paseante que llevo
y la costumbre del mirar parado y el ocio en la luz clara.

Para ti son los ojos.

Sevilla: Veinte años. Había otros jardines,
y veletas quemadas, barcos yéndose,
un órgano con prisa: Así era el mundo.
Conoceré tu aliento
aunque no te aproximes.

Para ti es el olfato.

¿Y ese rumor altísimo?
Ese rumor altísimo colocado de frente
que suena a olla máxima donde se cuecen hombres.
La salida. Madrid: No has de callarte
ni siquiera pensando en la madera pronta a llenarse conmigo.
El tiempo es algo. Cruje,
y se me pone encima y persigue y se cae.

Te dejo los oídos y las piernas.

A Granada...
Pero ¿eres tú una ciudad, Granada, o yo mismo en un nombre
pequeño y aprendido cerca del Corpus, hace...?

De ti me llevo todo.



JIMÉNEZ MARTOS

ARTE POÉTICA

YO tengo una literatura "mía"—como lo ha manifestado una magistral autoridad—para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es *mía* en mí; quien siga servilmente mis huellas, perderá su tesoro personal y, paje o esclavo, no podrá ocultar sello o librea. Wágner, a Augusta Holmes, su discípula, dijo un día: "Lo primero, no imitar a nadie, y sobre todo a mí." Gran decir.

COMO cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea muchas veces.

EL clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental, y, juntos, perpetúan la anquilosis, la inmovilidad.

NO gusto de *moldes* nuevos ni viejos... Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y su alma, y no le he aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos; y he querido ir hacia el porvenir, siempre bajo el divino imperio de la música —música de las ideas, música del verbo.

PIENSO que el don del arte es aquel que de modo superior hace que nos reconozcamos íntima y exteriormente ante la vida. El poeta tiene la visión directa e introspectiva de la vida y una supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del

general conocimiento. La religión y la filosofía se encuentran con el arte en tales fronteras, pues en ambas hay también una ambiencia artística.

ES el Arte el que vence el espacio y el tiempo.

JAMÁS he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra... Mas la palabra nace juntamente con la idea, o coexiste con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra.

En el principio está la palabra como única representación. No simplemente como signo, puesto que no hay nada antes que representar. En el principio está la palabra como manifestación de la unidad infinita, pero ya conteniéndola.

LA palabra no es en sí más que un signo, o una combinación de signos; mas lo contiene todo por la virtud demiúrgica. Los que la usan mal serán los culpables si no saben manejar esos peligrosos y delicados medios. Y el arte de la ordenación de las palabras no deberá estar sujeto a imposición de yugos, puesto que acaba de nacer la verdad que dice: el arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos.

LA poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte. El don de arte es un don superior que permite entrar en lo desconocido de antes y en lo ignorado de después, en el ambiente del ensueño o de la meditación. Hay una música ideal como hay una música verbal. No hay escuelas; hay poetas. El verdadero artista comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas. Toda la gloria y toda la eternidad están en nuestra conciencia.

RUBÉN DARÍO

Oración para los ángeles
de Eugenio d'Ors

El era en su vivir, lujo del mundo,
ciudadano de Delfos. Grecia y Roma
le brindan el honor de las columnas,
exhiestas, y los mármoles miliares

para grabar su propio pensamiento.
Númen celeste y, sin embargo, humano,
de Sócrates que embarca con Ulises
desde Las Ramblas, cotidianamente,

camino del Olimpo o de su Ermita.
El mar nativo imita en su oleaje
~~el~~ otro mar ilustre del Glosario

y, espejo de papel para las Musas,
en él, con su minerva, así nos dijo:
—"En el nombre de Dios y de los ángeles..."

Adriano del Valle



(Fotografía Lagos.)

ADRIANO DEL VALLE

ELEGÍA CON ESPERANZA

MI corazón ya tiene su domingo,
su rayito de sol, sus alegrías...

Con humildad de lirio, de sandalia,
mi voz desnuda salta de los labios
y va por los silencios, por los ojos
vendimiados de lágrimas, llamándote.
¡A ti, que solo habitas en suspiros,
en gestos desolados, en otoños!

Quiero partir contigo cuanto tengo:
mi pobreza, el pan de mi sonrisa,
las rosadas cerezas de mi júbilo.
Rociaré tu nombre con el alba
de mi acento más íntimo.

La vida
derramará en nosotros su perfume
y será Primavera en nuestras almas.

¡Toma, mujer, mi corazón alegre,
deja que el tuyo lata al mismo ritmo!

¡Oh, tú, por quien dolor se hace ternura,
oh, tú, por quien el plomo se hace pájaro,
alta, triunfante sobre el cielo mío!

Y yo, pequeño, barro en esta tierra,
solo y sin más oficio que quererte
voy ganando tu amor verso por verso.

FAUSTO BOTELLO DE LAS HERAS

MUERTOS DE PUEBLO

RECUERDO un libro: *Cosas de mi pueblo.*
Un viejo libro lleno de nostalgia
como los olivares en septiembre.

Han muerto todos los que en él se citan,
muertos decimonónicos que fueron
de algún relieve hace setenta años.

Viviendo entonces por aquí pasaron
representando su local comedia
del amarillo tiempo melancólico.

Muertos que a nuestro lado con frecuencia
suelen resucitar de nuestro olvido
por que sí, sin saberlo, cordialmente.

Muertos que se nos vienen por la calle
y nos saludan y nos hablan cosas,
las mismas cosas que hace muchos años
a ellos dijeron muertos más antiguos.

Muertos corrientes cuyos apellidos
llevamos y hasta incluso su sonrisa.

Muertos de pueblo, amigos y parientes,
mirando las veletas, conversando
de agricultura en el casino, oyendo
cada tarde las mismas campanadas,
los mismos trinos a distintos pájaros...

MARIO LÓPEZ

EL TENIENTE CORONEL
O
QUIEN MAL ANDA MAL ACABA

CUÁDRESE, imbécil—el teniente coronel ruge; recorre la habitación a lo largo y a lo ancho—. Acabará usted en el patíbulo. ¿Me oye? Por mucho menos que eso empezaron muchos, y ¿sabe usted dónde acabaron?: en el patíbulo. Es una pena que no se realicen ya las ejecuciones en la plaza pública... He dicho que se cuadre... En la plaza pública... Se llevaba a los niños a presenciarlas, y cuando el reo sacaba la lengua, ¡zás!, una bofetada para que no lo olvidaran... Pero ¿se da cuenta usted de lo que ha hecho? Ha robado... Se ha apropiado de algo que no le pertenecía... ¡Cuádrese!

La puerta del despacho del teniente coronel se abre. Su mujer entra. El teniente coronel grita:

—Sabes que no quiero que se entre sin llamar...

—Bueno, hombre. ¿No estás aburrido ya de tanto gritar? Parece que te divierte ensañarte con la criatura. ¿No te das cuenta de que no tiene más que seis años?

El niño, Julito, llora desconsoladamente, mientras se acerca a él su madre.

—Anda, ven, hijo. A lavarte la cara. Papá tiene razón. ¿No sabes que has hecho mal gastándote la vuelta que yo había dejado en la mesa de la cocina?

* * *

Julito tiene dieciocho años. Papá ya es coronel. Julito ha salido esta noche, después de cenar, a tomar el fresco. Este año no marcharán de veraneo por culpa de los malditos suspensos. Se ha encontrado con unos

amigos, a los que conoce de jugar al billar. Ha tomado unas copas con ellos—por hacerse el hombre más que nada—y son las tres de la mañana cuando vuelve a casa.

Sube, descalzo, las escaleras. Los peldaños se mueven, crecen, ondulan como olas cúbicas. A veces se ponen todos a la misma altura. El pie, claro, creía encontrar la base firme más arriba, y al no ocurrir así el cálculo erróneo se resuelve en un porrazo que estremece el silencio. Otros peldaños, en cambio, crecen y crecen hasta tal punto, que el pie no es capaz de alcanzarlos.

De pronto la escalera se regulariza. El último tramo, el que desemboca en la puerta de su casa, está presidido por el orden. Julito se siente ahora feliz y no puede reprimir el deseo de cantar. Cuando está ante la puerta jadea. Hace una inspiración profunda para serenarse, se estira los puños de la camisa y se abrocha la chaqueta. Papá no quiere verlo hecho un vagabundo.

El timbre ha sonado de un modo agresivo. Se habrá oído en toda la casa. Pasan dos minutos interminables y vuelve a llamar, esta vez tímidamente. El timbre apenas suena. Dentro se oye el rumor de una puerta que se abre, unos pasos por el pasillo y, al fin, se abre la puerta.

—Pero ¿qué es esto, Julito? ¿Ha ocurrido algo en tu casa?

—Usted perdone. Me equivoqué de puerta... Perdóneme.

Ahora vuelve a descender. "¿Cómo no me habré fijado? Cuando lo sepa mañana papá... ¿Y si me ocurre otra vez lo mismo? ¿Y si me hubiese confundido de casa? ¿Y si no existiese mi casa?"

Otra vez ante una puerta. Pulsa el timbre. Mientras abren, saca la corbata del bolsillo de la chaqueta, la estira cuidadosamente y la vuelve a guardar. La puerta se ha abierto, casi sin ruido. Papá, amenazador, está frente a él.

Una vez dentro de casa, papá le coge por las solapas. Papá está vestido. Le zarandea, golpeándole contra la pared. Pero los golpes no duelen, las voces no asustan. Casi le dan ganas de reír. Oye al coronel vagamente, como si hablase lejos de él:

—El patíbulo. Cuádrese... Acabará en presidio... Canalla... El patíbulo... Firmes... Mal hijo, perdido... El reformatorio... El patíbulo... La cárcel... ...íbulo... ...íbulo...

* * *

Papá ascendió a general hace un año. Julito, reiteradamente suspendido en la Universidad, diplomado en billar, estaba a punto de colgar los libros. Pero ha venido la guerra.

Julito, pálido, impresa en la cara una infinita desolación, está sentado

en el rincón más oscuro de una habitación mal iluminada. Las paredes están sucias. Huele a rancio, a humo, a muerte y a frío. Hay dos puertas enrejadas—una frente a otra—que Julito no deja de mirar. La una conduce a la libertad. La otra, al interior del presidio. En este caso, a la muerte.

Dentro de doce horas—son las cinco de la tarde—se extinguirá una vida, porque así lo ha decretado un juez. Julito no piensa. Vive una alucinación, una pesadilla increíble.

Mamá está junto a Julito. Se abraza a él, llora, se desespera. Junto a la cancela que da a la calle hace guardia un hombre uniformado. Fuma incesantemente, con nerviosismo. Se ve claramente que pasa también un mal rato.

—¡Dios mío..., quién habría de pensarlo!—gime la madre—. Una familia honrada... Pero si no es posible... Voy a volverme loca... ¿Cómo se puede matar a sangre fría?...—mira al hombre uniformado—. Usted no le conoce. Si lo hubiera tratado sabría que es la persona más buena del mundo... ¡Por Dios se lo pido: déjele salir!... ¡Maldita guerra!...

Julito hace mucho rato que no oye. Las lágrimas de su madre le mojan las manos y la cara. Y de pronto se da cuenta de que ha entrado su padre, pálido, inexpresivo, como si contuviese a fuerza de rigidez impuesta el horror. Julito se le queda mirando. Hay instantes en la vida que no pueden ser expresados por medio de palabras o gestos. El general no se mueve, y el hijo se arroja en sus brazos, unos brazos que parecen rehusar el abrazo. Le parece estar frente al antiguo rostro huraño, pero lleno de ternura interior. Le parece oír, como una imposible música, el violento "cuádrese", "el patíbulo". Se niega a aceptar que aquel instante es real. Le parece que su padre lo aprieta, y se siente niño y desamparado. Debe de ser una pesadilla. No es posible que no vuelvan a verse jamás.

Luego se aferra, hasta hacerse daño en las manos, a los hierros de la cancela, mientras ve alejarse al general, que va a ser ajusticiado dentro de doce horas.



JOSÉ HIERRO

LAS MANOS DEL AMOR

LA música besaba nuestro largo silencio
y el amor sonreía en nuestras manos.
Mudos labios y ojos, el pensamiento
evocando, soñando, prometiendo.
Tus manos y mis manos, sólo ellas
aleteando besos y ternuras.
Las manos del amor se nos clavaban
como estrellas abiertas en el tacto.
Las tuyas y las mías florecían
enamoradamente. De su encuentro
sólo tú y yo guardamos el secreto
hecho río y recuerdo hacia el amor.



MONSERRAT VAYREDA

CONVERSO CON LA DIVINIDAD

A veces llega hasta el café
y se sienta en mi mesa.
Si viene el camarero
le pide un vaso de agua,
con una voz cansada
de ordenar los sucesos
y la prensa del día
para saber qué pasa
por esos mundos suyos.
(Hizo sobre sus hombros
las páginas en blanco,
intacto el vaso de agua
y un color de aleluya
en el café que humea.)
Me lo encuentro en la calle,
cuando vuelvo del cine,
espiando los juegos del neón
con un gesto de niño,
o cruzando la calle lentamente
mientras sortea taxis con las manos
terribles y rugosas
de empujarnos la vida.
(Entonces no le hablo.
Me detengo en la acera
y enciendo un cigarrillo.)
En ocasiones entra en la taberna
cuando estoy con los otros,
bebiendo vino tinto,

descubriendo la vida
o hablando de los hombres
con risa y voces recias.
Resueltamente coge la botella
—le hemos abierto un hueco entre nosotros—
y va llenando vasos
como en un viejo rito.
(Brindamos en silencio
y él, con un gesto eterno
de acumulada prisa,
se sacude una mancha
de vino en la solapa.)
¡Buen Dios, que bien te sienta
tu chaqueta de hombre!



ERNESTO CONTRERAS

A LA NOCHE

¡CUANTAS veces te me has engalanado,
Clara y amiga Noche! ¡Cuántas llena
De oscuridad y espanto, la serena
Mansedumbre del cielo me has turbado'

Estrellas hay que saben mi cuidado,
Y que se han regalado con mi pena;
Que entre tanta beldad, la más ajena
De amor tiene su pecho enamorado.

Ellas saben amar, y saben ellas
Que he contado su mal llorando el mío
Envuelto en los dobleces de tu manto.

Tú, con mil ojos, Noche, mis querellas
Oye y esconde; pues mi amargo llanto
Es fruto inútil, que al amor envío.

FRANCISCO DE LA TORRE

FUE AL PASAR

YO creí que tus ojos anegaban el mundo...
Abiertos como bocas en clamor... tan dolientes
que un corazón partido en dos trozos ardientes
parecieron... Fluían de tu rostro profundo

como dos manantiales graves y venenosos...
Fraguas a fuego y sombra tus pupilas... Tan hondas
que yo no sé de donde me miraban, redondas
y oscuras como mundos lontanos y medrosos.

¡Ah, tus, ojos tristísimos como dos galerías
abiertas al Poniente...! Y las sendas sombrías
de tus ojeras donde reconocí mis rastros...!

Ya envolví en un gran gesto mi horror como en un velo,
y me alejé creyendo que cuajaba en el cielo
la media noche húmeda de tu mirar sin astros.

DELMIRA AGUSTINI

ERAN DE RISA

SE reían cuando era tiempo
de sacar a beber las fieras
indomables, cuando se abrían
las jaulas hondas y unas tiernas
y mansas lágrimas se echaban
a lamer suelas de soberbia.

Se reían y eran cobardes;
aprovechaban la inclemencia
de la noche y el despoblado
para entrar a manos siniestras
en las dulzuras apagadas,
en las corolas entreabiertas.

Defecaban en los jardines
cuando la luna era más nueva,
cuando la planta se ponía
más al alcance de las piedras.

No comprendían que una copa
hubiera sido calavera
antes que polvo, antes que nada,
antes que ser lo que antes era.

Se reían cuando volvían
los iniciados de la pesca,
de darle hilo a la esperanza,

de darle río a la paciencia,
y juncos finos como espadas
a las orillas de la pena.

Desenterraban, arrancaban
oros vivos y joyas muertas,
y con mortajas aún de sangre
pintaban trágicas banderas.

Se reían porque eran muchos,
porque tenían las caderas
llenas de fuerza y no crecían
en sus dominios las palmeras.

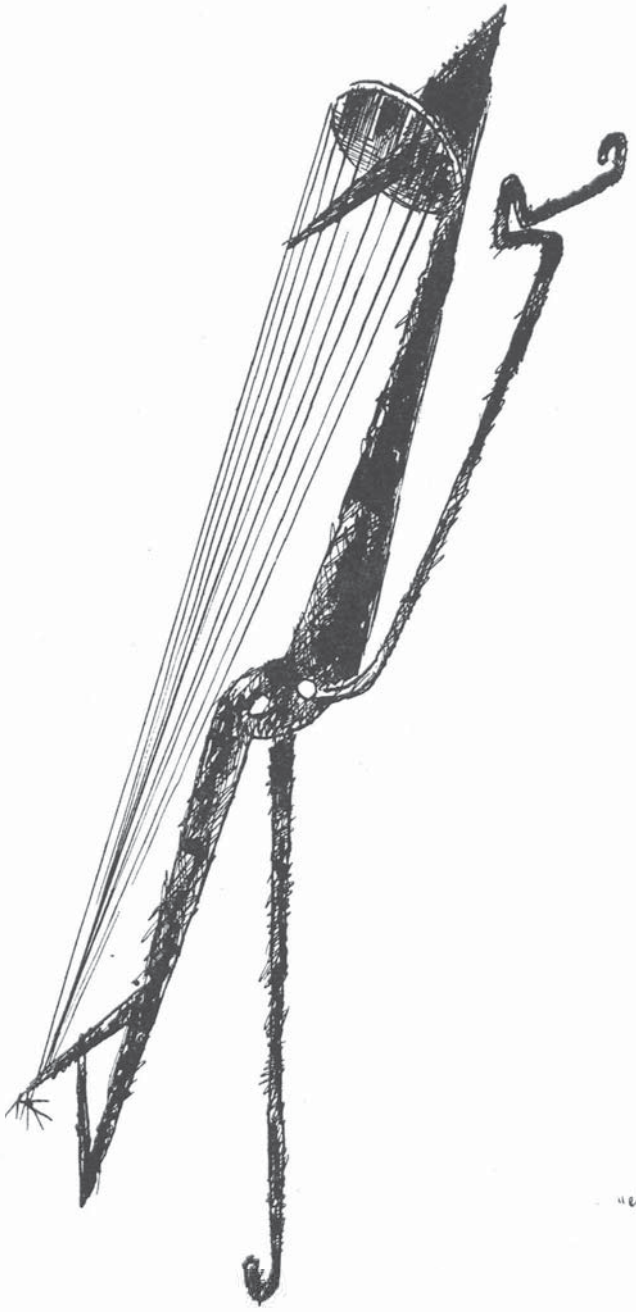
Se reían si se pisaba
sus largas faldas la inocencia,
se reían del que creía
que hubo una vez una princesa
que se casó con un pastor
y cambió tronos por ovejas.

Se reían y eran cobardes
desertores, eran miseria
salpicando los virginales
arbotantes de la belleza.

Eran de risa, se reían
de su sombra que era más negra.
Se reían, sí. Pero nadie
se inclinaba sobre su tierra.



JOAQUÍN FERNÁNDEZ



Fernant
57

"estético cambiante"
en ejercicio.

Crítica de libros

ELEGÍAS Y GOZOS TEMPORALES, *José Gerardo Manrique de Lara.* Colección "Ágora". Madrid, 1956.

En el título, gozo, dolor y tiempo. Casi en su totalidad, los motivos de la poesía de siempre, el "eterno humano". Manrique de Lara escribe sus libros dándole vueltas a una preocupación metafísica que ahora, como en *Pedro el ciego,* se nos presenta triturada, descompuesta en sus partes, con una estructura sin puntos sueltos. Se desvive por transcender la anécdota, la existencia. Por infundirle densidad, gravedad, de manera que, tras recorrer su extensión, nos quedemos no sólo con palabras, sino con un sentido sobrepoético. Todo esto es consecuencia del rebote filosófico en la lírica. La filosofía sale de la poesía y vuelve a ella fielmente, pero esa vuelta—como se ha podido comprobar—tiene el peligro de haberse gastado en el cambio. Es noble e interesante que el Tiempo, en abstracto, en macizo, sea hoy, al modo heidegeriano, algo insoslayable; pero es momento de decir también que si esa toma en profundidad falla en lo expresivo, la poesía viene a caer en servidumbre, en divulgación. La poesía es una virgen. Una potencia de la que debe salir lo que será base para los pensadores de mañana o de pasado mañana.

Lo que antecede tiene bastante que ver con el último libro de Manrique y de otros, encarados a ultimidades del hombre. En primer lugar, el procedimiento apoyado en el verso blanco propende como ninguno a los deslices divagatorios, a que la materia poética se diluya demasiado y, al faltar lo sintético, pierda fuerza y, lo que es peor, claridad. Sin que nos compense de esa ausencia de luz el descubrimiento de una zona inédita del ser, que es la clave asombrosa de un Rilke, por ejemplo. Lírica temporal, sí. Mas obsérvese que en ésta, cuando se logra, hay un uso restringido de la palabra tiempo. Y entonces, indirectamente, tenemos su sensación.

Es en una parte de *Elegías y gozos temporales* donde estas con-

sideraciones tienen lugar. Manrique de Lara está en su poesía como su inolvidable Pedro: palpador, acumulando datos sensitivos para el esclarecimiento de la realidad, sereno, cuidadoso de que la pasión no estalle, amigo de la muerte, que es quien lo lleva y nos lleva de la mano. Está así, salvo cuando se aleja demasiado, se pierde entre los versos y se desfigura. No creo que por exceso de cerebralismo, puesto que el dolor, tranquilamente llevado, tiene a veces un acompañamiento erótico:

Virgen naturaleza de los dioses,
divina geografía de los besos,
lácteos montes de cimas purpuradas,
cárcava de la vida, derrotero
del hombre vivo de afilada reja
que pide surco para el grano nuevo.

Este erotismo surge hasta cuando el poema va por otro lado, como surge lo irónico—nota nueva en Manrique de Lara—y se lleva la palma del libro:

¿Está acaso mal visto, di, es pecado
que me coja en pijama la agonía
.....
Dios rasgará el colchón en que me sudo
y—lana o nube—iré creciendo altivo.

Lo mismo en la "Elegía de las botellas de cristal". Más invención y sorpresa, más decididamente grave y profundo el poeta que cuando apunta a la altura. Porque entonces hasta gana en belleza ese cimiento religioso presente en su obra. Y, sobre todo, gana en desnudez. En valentía expresiva. La sensibilidad no está en lo citado como cubierta de otra cosa. Tiene una función primigenia. No encontraremos en Manrique—para su suerte—apoyo exclusivo en la metáfora, pues tiende al conjunto. Su barroquismo es un tanto *sui géneris,* de desarrollo esencialmente. Frena a menudo la emotividad. De tal manera, que, cuando resume, acierta:

Convídame a tu muerte. Ponme yerro
rojo sobre mi carne, que no tiene
ya carne tuya viva entre mis dedos.

A pesar del título, los gozos son pocos. El dolor no llega a ser angustia. Manrique de Lara crea en una situación equidistante.

JIMÉNEZ MARTOS.

DENUNCIO POR ESCRITO, *Julián Andúgar.* "Ágora". Madrid, 1957.

Una denuncia no es cosa de juego. Julián Andúgar — tres libros con éste—llega ahora a formalizarla en verso, sin que falte ningún requisito. Nada de bromas. El lenguaje lírico está apoyado por el lenguaje legal. Y de este original ayuntamiento sale un libro en el que la toma de contacto con la poesía—como le gusta decir a Luis Rosales—se realiza cuerpo a cuerpo. El cuerpo a cuerpo con una realidad que se llama España, sin que medie entre contemplación y abrazo una distancia previa. De una vez. Desde el primer instante el poeta está diciéndonos quién es y por qué dice lo que dice, arrancando de sí para rebosarse inmediatamente en la extensión de la patria.

Será muy conveniente que nos

fijemos primero en el tono, pues es lo que más nos debe importar. Una denuncia no se expresa lo mismo que "hay un ruiseñor en el jardín". La palabra se ha hecho pasión; la palabra se ha hecho enormemente activa, afilada, precisa, pronta a entrecortarse, a resumirse, a llenarse de otras palabras que no están allí. Caen con peso; se quedan clavadas. Están sirviendo a un sentimiento amoroso, crítico por deseo de perfección, como suele ser el amor del poeta español a su patria. Por eso, éstos son poemas urgentes, en los que se opera sin distracciones:

Y aquí no hay más que andarse con la
y el poema de frente, dominando [vida
el verbo hacer, vivir, tremendo cuerno.

Andúgar se atiene al amor y al verso corto, que combina de manera que cada vocablo quede suficientemente valorado, atrayendo sobre sí una determinada significación. El tono tiene una base de ritmo vivo, acuciante todo él:

Querrás gritar:
¡Mi corazón!
Trapos regenerados,
mercados, alzas, bajas,
se lo cambian.
—He dicho que silencio.
La máquina, la máquina,
la máquina, la máquina.

Puro borbotón intuitivo. Es precisamente en el poema "Informe abierto al campo"—al que pertenece ese fragmento—donde podemos darnos cuenta mejor de lo que el libro trae. Por una parte, una expresión totalmente adecuada al sentimiento que sobrelleva. Por otra, la proyección a un amplio objetivo: el país, sus hombres, sus motivos de alabanza o desalabanza. Una temática dentro de lo que hoy se llama poesía social de modo más o menos legítimo. (Mucha mirada a los humildes hay en verso castellano.) *Denuncio por escrito* es esencialmente invocativo, de poeta a pueblo. Y al pueblo no se le puede andar con ringorrangos. Así, la eficacia—el que denuncia solicita atención—va unida al verbo espontáneo (hablo del resultado), ardiente y melancólico. Andúgar, como Unamuno, Celaya, Otero y otros —creo interesante señalar esta coincidencia—, ha fijado en Sancho la cierta virtud del hombre anónimo:

No rompas la baraja; sigue, Sancho.
Jugar sabe cualquiera si se gana;
pero para ir tirando de olla y pan
hay que tener el corazón muy ancho.

Precisamente el corazón muy ancho. Precisamente una considerable estatura lírica para no encadenar razonamientos, sino decir en limpio verso. Y sugerir. Y emocionar con maestría de recursos retóricos buenos y puestos al día. Y saber tirar a tiempo de la brida:

Tiempo baldío,
pasa.
Con enterrarte,
basta.

Pocas veces la fuerza habrá tenido un tan dulce subterráneo. Porque, sí, el poeta tiene una tristeza en ocasiones lindante con la ira, pero después se pregunta al pastor:

¿Qué color
a las siete
tiene España?

y se va por los caminos a descubrirla en canciones bellísimas:

De Barca hasta Matute,
con el barquero.
Dos verdades sus brazos
y la otra el Duero.

Lo cual es el encuentro emotivo con la más primigenia tradición castellana, como lo otro—el consejo al hombre del campo, el canto a Castilla y a los que la sudan, la conferencia de paz—es el encuentro con una preocupación renovada hoy. Y como los rotundos sonetos donde da fe de sí pueden emparentarse con el más estremecido intimismo:

> Debo decirlo por si acaso un día
> leyéndome alguien duda o ya se enreda,
> que donde puse amor sepa que queda
> mi corazón amando todavía.

Andúgar ha reunido tonos que no suelen hallarse tan acordados en un mismo poeta. Y los ha renovado dándoles la unidad del corazón, que es la más sólida, echada agónicamente sobre todo:

> Te informo igual, amigo,
> que si hubiera
> de morirme mañana.

En trance de muerte se dice la verdad. Y esa verdad es participable. El poeta nos llama a todos para testificarla.

JIMÉNEZ MARTOS.

HISTORIAS DE CADA DÍA, *José Amillo.* Colección "Cantalapiedra", número 9. Santander.

Las *Historias de cada día,* de José Amillo, definen en su título una intención del autor: la de novelar sin dar toda la iniciativa a la fantasía. Quiere hablarnos y contarnos de seres reales—seres reales, claro es, dentro del mundo de la ficción literaria en que han de moverse—situados en el mundo cotidiano, aquel en que se mueven autor y lector, aquel tan henchido de vulgaridad, como lo puede estar de calidades y valores estéticos, si el novelista alcanza a hacérnoslos ver.

Creemos que José Amillo ha acertado. Los cuentos—o novelas cortas, que ambas cosas hay en su colección—son de todos los días, pero se escapan a esa cotidianidad, que si no es más que eso no alcanza el propósito del escritor. Porque la vida de cada día tampoco es constantemente monótona y gris. Y la agudeza del novelista está en destacar lo que le interesa sin eliminar totalmente el resto, que ha de quedar como un fondo testifical y partícipe del mundo en que los personajes se mueven.

En las palabras, que Amillo hace preceder a sus relatos, nos dice que apenas son momentos, pero hay que tomar esta advertencia con alguna reserva. Son momentos en cuanto a la existencia total de los seres que viven en ellos; no lo son en cuanto a la historia en sí, repleta de hechos, con sentido argumental, no el simple bosquejo impresionista en que tanto insiste gran parte de la actual tendencia cuentística.

El vendedor de corbatas, con su bien conducida justificación interna hacia el sorprendente final, o la hondura y reflejo de nuestra época recogida en la mínima trama de *La última aventura,* nos parece recogen la capacidad de Amillo para caminar por el peculiar mundo del

cuento. Los otros relatos, en nuestra opinión, aparte de su valor en sí, son una evidente prueba de su capacidad para narración de mayor volumen, no de "más empeño", como suele repetirse, ya que tanto puede haber en la más larga novela como en una narración corta.

Amillo, con estas *Historias de cada día,* accésit único del Premio Nacional de Literatura en 1956, coloca su nombre en la lista de los buenos narradores de hoy y abre a su futura obra un amplio crédito.

JORGE CAMPOS.

Noticias

Ínsula dedica su número extraordinario de julio-agosto a Juan Ramón Jiménez. Publica una antología de verso y prosa del poeta, seleccionada por Ricardo Gullón, y una variada iconografía—fotos y cuadros—, correspondiente a diversas épocas de la vida del poeta.

Colaboran en las páginas de *Ínsula* los escritores CAMPOS, Jorge; CANO, José Luis; DIEGO, Gerardo; GALLEGO MORELL, Antonio; GARAGORRI, Paulino; GARCIASOL, Ramón de; GUERRERO RUIZ, Juan; GUILLÉN, Jorge; GULLÓN, Ricardo; HIERRO, José; LÁZARO CARRETER, Fernando; MARÍAS, Julián; TORRE, Elías; VIENTOS, Milita; YNDURAIN, Francisco; ZARDOYA, Concha.

Completan el interesantísimo número las habituales secciones—teatro, cine, cuento—a cargo de VÁZQUEZ ZAMORA, DUCAY y BUÑUEL.

El número constituye una magnífica aportación, por su cantidad y calidad, al estudio de la obra de Juan Ramón.

La revista *Poesía Española,* que dirige José GARCÍA NIETO, reaparecerá el próximo octubre, patrocinada por el Ateneo de Madrid.

La Estafeta Literaria, con nuevo formato y orientación, también bajo el patrocinio del Ateneo madrileño, inicia una nueva etapa. Esta publicación, tan necesaria para la vida intelectual española, será dirigida por el poeta RAFAEL MORALES.

Próximamente
aparecerán en
nuestra Colección:

Vicente Aleixandre
José Hierro
Pablo García Baena
Celia Viñas
Adriano del Valle
Salustiano Masó
Victoriano Crémer
José Carlos Gallardo
Concha Zardoya
Claudio Rodríguez
José Angel Valente
Rafael Laffón



PUBLICACIONES RECIBIDAS

LIBROS Y FOLLETOS:

VÍSPERA EN EUROPA, *Luis López Álvarez*. Les Éditions Europennes-Paris.

A ORILLAS DEL CARRIÓN, *José M.ª Fernández Nieto*. Palencia, 1957.

POEMAS PARA UN AMOR, *Mariano Roldán*. Colección "Lazarillo".

POESÍAS COMPLETAS, *Luisa Pérez de Zambrana*. Habana, 1957.

NUEVAS FIGURAS, *Vicente Aleixandre*. Madrid-Palma de Mallorca, 1957.

DE OLVIDO A OLVIDO, *Francisco Tomat-Guido*. Buenos Aires, 1957.

GRECIA, *Ángel Crespo*. Madrid-Palma de Mallorca, 1957.

SEIS POEMAS, *José Agustín Goytisolo*. Palma de Mallorca, 1957.

REVISTAS:

CARACOIA, 57, 58, 59. Málaga; LÍRICA HISPANA, 169, 170, 171, 172; Venezuela; LAUREL, 5. Córdoba; VÉRTICE, 164, 165, 166. Coimbra (Portugal); BANDARRA, 49. Río de Janeiro; ALNE, 20. Madrid-Caracas; MALVARROSA, 24. Valencia; EL MOLINO DE PAPEL, 11. Cuenca; NUESTRO TIEMPO, 37. Madrid; UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, 129. Colombia; EL COBAYA, 20. Ávila; ROCAMADOR, 10. Palencia; EL PEZ, 2. Loyola; EUTERPE, 29. R. Argentina; SUL, 29. El Brasil; NUESTRAS IDEAS, 1. Bruselas (Bélgica); LA LAMPADA, 71. Sao Paulo; PIEDRALAVES, 4. Pidralaves; GANIGO, 26. Tenerife; ÍNSULA, 127, 128, 129. Madrid; LA BALLENA ALEGRE, 4-5. Barcelona.

GRÁFICAS ORBE, S. L.—Padilla, 82.—MADRID, 1957.


ÁGORA